Notas de Elena G. de White

Lección 5

1º de Noviembre de 2008

Se anuncia la expiación

Sábado 25

No hay discordia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento encontramos el evangelio de un Salvador que vendría; en el Nuevo Testamento tenemos el evangelio de un Salvador revelado como lo habían predicho las profecías. Mientras que el Antiguo Testamento continuamente anuncia de antemano la verdadera ofrenda, el Nuevo Testamento muestra que el Salvador anticipado por las ofrendas simbólicas ya ha venido. La opaca gloria de la era judaica ha sido reemplazada por la gloria más brillante y más clara de la era cristiana. Pero Cristo ni una sola vez ha declarado que su venida destruía las demandas de la ley de Dios (Comentario bíblico adventista, tomo 6, pp. 1095, 1096).

¡Qué tema de meditación nos resulta el sacrificio que hizo Jesús por los pecadores perdidos! "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5). ¿Cuánto debemos estimar las bendiciones así puestas a nuestro alcance? ¿Podría Jesús haber sufrido más? ¿Podría haber comprado para nosotros más ricas bendiciones? ¿No debiera esto enternecer el corazón más duro, cuando recordamos que por nuestra causa dejó la felicidad y la gloria del cielo, y sufrió pobreza y vergüenza, cruel aflicción y una muerte terrible? Si por su muerte y resurrección él no hubiese abierto para nosotros la puerta de la esperanza, no habríamos conocido más que los horrores de las tinieblas y las miserias de la desesperación. En nuestro estado actual, favorecidos y bendecidos como nos vemos, no podemos darnos cuenta de qué profundidades hemos sido rescatados. No podemos medir cuánto más profundas habrían sido nuestras aflicciones, cuánto mayores nuestras desgracias, si Jesús no nos hubiese rodeado con su brazo humano de simpatía y amor, para levantarnos (***Joyas de los testimonios*, tomo 2, p. 109**).

Domingo 26
Una promesa a Adán y Eva

La primera insinuación de una esperanza tal fue hecha a Adán y Eva en la sentencia pronunciada contra la serpiente en el Edén, cuando el Señor declaró a Satanás en oídos de ellos: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre su simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15).

Al escuchar estas palabras la pareja culpable, le inspiraron esperanza; porque en la profecía concerniente al quebrantamiento del poder de Satanás discernió una promesa

de liberación de la ruina obrada por la transgresión. Aunque le iba a tocar sufrir por causa del poder de su adversario en vista de que había caído bajo su influencia seductora y había decidido desobedecer a la clara orden de Jehová, no necesitaba ceder a la desesperación absoluta. El Hijo de Dios se ofrecía para expiar su transgresión con su propia sangre. Se les iba a conceder un tiempo de gracia durante el cual, por la fe en el poder que tiene Cristo para salvar, podrían volver a ser hijos de Dios (***Profetas y reyes*, p. 502**).

Toda alma verdaderamente convertida puede decir: "Soy mozo pequeño, pero soy hijo de Dios". Costó un precio infinito el hacer posible que la filiación divina fuese devuelta a la familia humana. En el principio, Dios hizo al hombre a su semejanza. Nuestros primeros padres escucharon la voz del tentador y se entregaron al poder de Satanás. Pero el hombre no fue abandonado a las consecuencias del mal que había escogido. Le fue prometido un Libertador. Dios dijo a la serpiente: "Enemistad pondré entre y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15). Antes de oír hablar de espinas y cardos, de las penas y dolores que habían de ser su suerte, o del polvo al cual debían tornar, nuestros primeros padres oyeron palabras que no podían sino infundirles esperanza. Todo lo que habían perdido cediendo a Satanás, podría recuperarse por medio de Cristo.

El Hijo de Dios fue dado para redimir a la familia humana. Mediante sufrimientos infinitos, sobrellevados por el inocente en lugar del culpable, se pagó el precio que iba a redimir a la familia humana del poder del destructor y restaurar en ella la imagen divina. Los que aceptan la salvación que Cristo les trae, se humillarán ante Dios como niñitos (***Testimonios para la iglesia*, tomo 9, pp. 225, 226**).

Si Adán no hubiera transgredido la ley de Dios, la ley ceremonial nunca hubiera sido instituida. El evangelio de las buenas nuevas fue dado primero a Adán cuando se le declaró que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Y esto fue transmitido a través de generaciones sucesivas a Noé, Abrahán y Moisés. El conocimiento de la ley de Dios y del plan de salvación fueron impartidos a Adán y Eva por Cristo mismo. Ellos atesoraron cuidadosamente la importante lección y la transmitieron verbalmente a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Así fue preservado el conocimiento de la ley de Dios.
En aquellos días, los hombres vivían cerca de mil años, y los ángeles los visitaban con instrucciones directas de Cristo. Se estableció el culto de Dios mediante ofrendas y sacrificios, y los que temían a Dios reconocían sus pecados delante de él y miraban hacia el futuro con gratitud y santa confianza en la venida de la Estrella matutina, que guiaría a los caídos hijos de Adán hacia el cielo mediante el arrepentimiento ante Dios y la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Así se predicaba el evangelio en cada sacrificio y las obras de los creyentes revelaban continuamente su fe en un Salvador venidero. Jesús dijo a los judíos: "Si creyeseis a Moisés, me creerías a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Juan 5:46, 47) (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 270, 271**).

Lunes 27
Abrahán vio mi día

Abrahán... vio a Cristo. Se le dio una comunicación sobrenatural, y reconoció el carácter divino de Cristo. Vio su día, y se gozó. Se le dio una visión del sacrificio divino por el pecado. Tuvo una ilustración de ese sacrificio en su propia vida. Recibió la orden: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas... y ofrécelo... en holocausto". Sobre el altar del sacrificio, colocó al hijo de la promesa, el hijo en el cual se concentraban sus esperanzas. Entonces, mientras aguardaba junto al altar con el cuchillo levantado para obedecer a Dios, oyó una voz del cielo que le dijo: "No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; que ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único". Se le impuso esta terrible prueba a Abrahán para que pudiera ver el día de Cristo y comprender el gran amor de Dios hacia el mundo, tan grande que para levantarlo de la degradación dio a su Hijo unigénito para que sufriera la muerte más ignominiosa.

Abrahán aprendió de Dios la mayor lección que haya sido dada a los mortales. Su oración porque pudiera ver a Cristo antes de morir fue contestada. Vio a Cristo; vio todo lo que el mortal puede ver y vivir. Mediante una entrega completa, pudo comprender esa visión referente a Cristo. Se le mostró que al dar a su Hijo unigénito para salvar a los pecadores de la ruina eterna, Dios hacía un sacrificio mayor y más asombroso que el que jamás pudiera hacer el hombre (***El Deseado de todas las gentes*, pp. 434, 435**).

La orden dada a Abrahán de sacrificar a su hijo fue la prueba más severa que un hombre pueda soportar. Pero mientras se preparaba para obedecer a Dios por la fe, se abrió ante él la venida del Justo, el Cordero que fue inmolado antes de la creación del mundo por los pecados de la raza humana. Cristo mismo se le reveló mientras por la fe recibía la promesa. Abrahán vio al Salvador encarnado y se gozó (***Signs of the Times*, 29 de agosto, 1900**).

Abrahán tenía un interés especial en conocer más del "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Por eso le fue revelado que en Cristo se centraban todas las esperanzas de vida eterna; que mediante su sacrificio, la salvación sería completa. El corazón de Abrahán se llenó de gozo, esperanza y seguridad. Fue como una roca sólida, un fundamento seguro en el cual afirmar su confianza. La verdad que recibió del cielo fue aceptada con gozo en su corazón. Su adoración a Dios no era formal o casual. El Señor dijo de él: "Yo lo he conocido". Sabía que podía confiar en él (***The Gospel Herald*, 1 de agosto, 1906**).

Martes 28
Moisés y la revelación de la salvación

Moisés manifestó su gran amor por Israel al interceder ante el Señor para que perdonara el pecado del pueblo o borrara su nombre del libro que él había escrito. Sus intercesiones ilustran el amor y la mediación de Cristo por la raza pecadora. Pero el Señor se negó a dejar que Moisés sufriera por los pecados de su pueblo apóstata; le dijo que aquellos que habían pecado contra él serían borrados de su libro que había escrito, porque los justos no deben sufrir por la culpa de los pecadores.

El libro al cual se hace referencia aquí es el libro de los registros del cielo, en el cual está inscrito cada nombre y están registrados fielmente los actos de todos, sus pecados y obediencia. Cuando los individuos cometen pecados que son demasiado atroces para

que el Señor los perdone, sus nombres son borrados del libro y quedan destinados a la destrucción. Aunque Moisés comprendió el terrible destino que esperaba a aquellos cuyos nombres serían borrados de los registros celestiales, le pidió a Dios que si los nombres de los israelitas pecadores serían eliminados de su memoria, él también deseaba que su nombre fuera borrado, porque no podría soportar ver el derramamiento completo de la ira de Jehová sobre ese pueblo para quien había hecho tantas maravillas (***Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 998**).

En el monte, cuando se dio la ley de Moisés, también le fue mostrado Aquel que había de venir. Vio la obra de Cristo y su misión en la tierra cuando el Hijo de Dios tomaría sobre sí mismo la humanidad y llegaría a ser un maestro y guía para el mundo, y al fin se daría a sí mismo en rescate por nuestros pecados. Cuando se ofreciera la perfecta Ofrenda por los pecados de los hombres, habían de cesar las ofrendas de sacrificio que simbolizaban la obra del Mesías. Con el advenimiento de Cristo, había de levantarse el velo de incertidumbre y un torrente de luz brillaría sobre el oscurecido entendimiento de su pueblo.

Cuando Moisés vio el día de Cristo, y el nuevo y viviente camino de salvación que había de ser abierto mediante su sangre, quedó cautivado y extasiado. Tenía en su corazón alabanza a Dios, y su rostro reflejaba de tal manera la gloria divina que había acompañado la promulgación de la ley, que cuando descendió del monte para reunirse con Israel, ese esplendor fue insoportable para el pueblo. Debido a sus transgresiones, el pueblo no podía contemplar su rostro, de modo que él se lo cubrió con un velo para no infundirles espanto...

Si los israelitas hubiera discernido la luz del evangelio que fue manifestada a Moisés, si por fe hubieran podido mirar resueltamente el fin de lo que fue abolido, habrían podido soportar la luz que refulgía del rostro de Moisés, "Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado". Los judíos, como pueblo, no discernieron que el Mesías a quien ellos rechazaron era el Ángel que guió a sus padres en sus andanzas por el desierto. Hasta el día de hoy, el velo está sobre sus corazones, y su oscuridad les oculta las buenas nuevas de la salvación mediante los méritos de un Redentor crucificado (***Comentario bíblico adventista*, tomo 1, pp. 1123, 1124**).

Moisés comprendió el plan de salvación mediante Cristo, tanto en la manifestación de la gloria que le fue permitido presenciar, como en los sacrificios que debían ofrecer. La bondad de Dios, su perfección y su imagen, su excelencia y gloria, le fueron reveladas. También le fueron revelados el sacrificio y la abnegación de Aquel que era uno con el Padre, y se le mostró que la gloria manifestada en la columna de nube era la del Hijo del Dios infinito a quien los sacrificios representaban. Cuando Moisés rogó: "Muéstrame tu gloria", el futuro fue abierto ante él y vio el encuentro de los símbolos con la realidad, el tipo con el antitipo, en la muerte de Cristo; vio la justicia y la misericordia expresadas maravillosamente en armonía y en amor. Israel podía ser completamente salvador por Cristo como lo somos hoy. Moisés tuvo la seguridad de que el Mediador de Israel era también su protector y guardador. Solamente si ellos pecaban y quebrantaban su pacto, el desastre vendría sobre ellos y sus enemigos prevalecerían, como resultado de la reprensión divina (***Signs of the Times*, 17 de junio, 1880**).

Miércoles 29
El siervo de Dios

Se permitió al profeta [Isaías] que proyectase la mirada a través de los siglos hasta el tiempo del advenimiento del Mesías prometido. Al principio vio sólo "tribulación y tiniebla, oscuridad y angustia" (Isaías 8:22). Muchos que estaban anhelando recibir la luz de la verdad eran extraviados por falsos maestros que los arrastraban a los enredos de la filosofía y el espiritismo; otros ponían su confianza en una forma de la piedad, pero no practicaban la verdadera santidad en su vida. La perspectiva parecía desesperada; pero pronto la escena cambió, y se desplegó una visión maravillosa ante los ojos del profeta. Vio al Sol de Justicia que se levantaba con sanidad en sus alas...

Esta gloriosa Luz del mundo iba a ofrecer salvación a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Acerca de la obra que le esperaba, el profeta oyó que el Padre eterno declaraba: "Poco es que tú me seas siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures los asolamientos de Israel: también te di por luz de las gentes, para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra". "En hora de contentamiento te oí, y en el día de salud te ayudé: y guardarte he, y te daré por alianza del pueblo, para que levantes la tierra, para que heredes asoladas heredades; para que digas a los presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Manifestaos" (Isaías 49:6-9)...

Mirando aun más adelante a través de los siglos, el profeta contempló el cumplimiento literal de esas gloriosas promesas. Vio que los transmisores de las gratas nuevas de salvación iban hasta los fines de los tierra, a toda tribu y pueblo (***Profetas y reyes*, pp. 276, 277**).

Cuando el pecador contempla al Salvador que muere en el Calvario y comprende que el doliente es divino, se pregunta por qué fue hecho ese gran sacrificio, y la cruz señala la santa ley de Dios que ha sido transgredida. La muerte de Cristo es un argumento incontestable en cuanto a la inmutabilidad y a la justicia de la ley. Profetizando de Cristo, dice Isaías: "Jehová se complació... en magnificar la ley y engrandecerla" (Isaías 42:21). La ley no tiene poder para perdonar al transgresor. Su oficio es señalarle sus defectos para que pueda comprender su necesidad de Aquel que se convertirá en su sustituto, su garantía, su justicia. Jesús llena las necesidades del pecador, pues ha tomado sobre sí los pecados del transgresor. "Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5). El Señor podría haber extirpado al pecador y haberlo destruido completamente, pero eligió el plan más costoso. En su gran amor, proporciona esperanza al desesperanzado, dando a su Hijo unigénito para llevar los pecados del mundo. Y puesto que ha prodigado a todo el cielo en aquella rica dádiva, no privará al hombre de ninguna ayuda necesaria para que pueda tomar la copa de la salvación y se convierta en heredero de Dios y coheredero con Cristo (***Mensajes selectos*, tomo 1, p. 379, 380**).

Jueves 30
Anunciado por Daniel

Se nos da el ejemplo de oración y confesión de Daniel para nuestra instrucción y nuestro ánimo. Israel había estado en cautiverio por casi setenta años. La tierra que Dios

había elegido como su posesión había caído en poder de los paganos. La ciudad amada, receptáculo de la luz del cielo, una vez el gozo de toda la tierra, ahora era despreciada y envilecida. Estaba en ruinas el templo que había albergado el arca del pacto de Dios y a los querubines de gloria que proyectaban su sombra sobre le propiciatorio. El mismo lugar de su ubicación era profanado por los pies de los impíos. Los fieles que habían conocido la gloria anterior estaban llenos de angustia ante la desolación de la santa casa que había distinguido a Israel como el pueblo escogido de Dios. Habían escuchado las denuncias de Dios debido a los pecados de su pueblo y habían sido testigos del cumplimiento de esta palabra. También habían sido testigos de las promesas del favor divino si Israel se volvía a Dios y caminaba rectamente delante de él. Peregrinos, ancianos y canosos, acudían a Jerusalén para orar en medio de sus ruinas. Besaban sus piedras y las humedecían con sus lágrimas mientras oraban al Señor para que tuviera misericordia de Sión y la cubriera con la gloria de su justicia. Daniel sabía que casi había terminado el tiempo para el cautiverio de Israel; pero no creía que porque Dios había prometido liberarlos, ellos no tenían una parte que hacer. Con ayuno y contrición buscó al Señor confesando sus propios pecados y los pecados del pueblo...

Se ofrecen muchas oraciones que son comunes, llenas de justificación propia, que no provienen de un espíritu contrito ni de un corazón quebrantado. Pero Daniel no pide nada basándose en sus propios méritos, sino que dice: "Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abra tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias". La intensidad de su deseo lo torna ferviente: "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu cuidad y sobre tu pueblo".

¡Qué oración notable es ésta que fue pronunciada por los labios de Daniel! ¡Cuánta humildad de alma revela! En las palabras que ascendían a Dios se advertía el calor del fuego celestial. El cielo contestó esa oración enviando su mensajero a Daniel. En nuestros días, las oraciones que se ofrezcan en esa misma forma prevalecerán con Dios. "La oración eficaz del justo puede mucho" (Santiago 5:16). Así como en la antigüedad descendió fuego del cielo cuando se ofreció una oración, y consumió el sacrificio que estaba sobre el altar, así también el fuego celestial descenderá a nuestras almas como respuesta a nuestras oraciones. La luz y el poder del Espíritu Santo serán nuestros.

Cuando nos veamos a nosotros mismos débiles, ignorantes y desesperados como realmente somos, entonces nos llegaremos a Dios como humildes suplicantes. Es la ignorancia de Dios y de Cristo lo que hace a un alma estar orgullosa y llena de justicia propia. Es una indicación infalible de que una persona no conoce a Dios, cuando el orgullo de su corazón la hace sentirse grande o buena. Es la luz que proviene de Dios la que revela nuestra oscuridad y miseria. En el momento en que con humildad busquemos a Dios, tendremos una visión de nosotros mismos como la que tuvo Daniel. No habrá lugar para la vanidad del alma sino un profundo sentido de la santidad de Dios y de la justicia de sus requerimientos. El resultado de tal experiencia será una vida de abnegación y sacrificios (***Review and Herald*, 9 de febrero, 1897**).